

EL CRITERIO MÉDICO

PERIODICO DE HOMEOPATIA,

OFICIAL DE LA SOCIEDAD HAHNEMANNIANA MATRITENSE.

TERCERA SERIE.

AÑO XII.

Núm. 4.º

Madrid 15 de Febrero de 1860.

Tomo XII.

No podemos dejar de consignar en las columnas del CRITERIO MEDICO el grande el magnífico acontecimiento de la toma de TETUAN.

Ajenos nosotros como Médicos y hombres de letras á las luchas ardientes de los partidos, no debemos convertir en cuestion política este glorioso acontecimiento como lo han hecho algunos de nuestros colegas políticos. Nosotros vemos en este glorioso hecho de armas una prueba elocuentísima incontrastable de lo que habíamos creído y aprendido desde nuestra niñez; á saber, que el valor la intrepidez y el sufrimiento, estas tres altas cualidades llevadas hasta el heroísmo son esencialmente características del soldado español: que con soldados como los nuestros, que todos son héroes, y con caudillos tan gigantes como el General en Jefe del ejército de Africa, cada batalla que se dé será un triunfo seguro para las armas españolas.

Tributemos, pues, sinceros homenajes de admiracion y respeto á ese invicto Ejército que ha colocado á una

altura incomparable á la nacion española, dando la medida de nuestro poder y nuestra fuerza, á ese Ejército modelo que tiene la envidiable fortuna de dar á la patria tantos dias de gloria: y á la vez saludemos cariñosamente á nuestros compañeros de profesion que tan honroso y brillante papel desempeñan en esa gloriosa campaña. Los felicitamos, los admiramos á todos igualmente, porque todos, cada uno en sus deberes respectivos, merecen elogios, y la España entera en esos dias de loco entusiasmo que acabamos de presenciar, en esas sinceras y espontáneas aclamaciones que hemos escuchado con indecible placer, les ha felicitado y admirado ya, y la historia en su dia les hará completa justicia.

Participemos, pues, nosotros de ese contento y entusiasmo universal, y vayamos con nuestros corazones, ya que no podemos de otro modo, á donde vayan nuestros soldados, nuestros compañeros y nuestros hermanos. ¡Viva España! ¡Viva la Reina! ¡Viva el Ejército español con su habil y esforzado caudillo!

LA ESCUELA DE PARIS

I

LA HOMEOPATÍA.

(Continuacion.)

III.

Los médicos alópatas no se han limitado á estas imitaciones mas ó menos disimuladas de nuestros preparados, ni al uso de esos cuantos medicamentos, que la casualidad ó nuestro ejemplo les ha proporcionado, sino que han puesto tambien á contribucion hace mucho tiempo, toda la medicina homeopática. Los hechos que justifican esta asercion son tan numerosos, que hasta tenemos dificultad en elegirlos. Hablemos primero de la medicina esterna, para ocuparnos despues de la interna. ¿No vemos pues, á los cirujanos, combatiendo todos los dias las erisipelas flegmonosas, y un considerable número de flemones, por medio de los vegigatorios; las inflamaciones furunculosas de la piel, por el alcohol concentrado; las oftalmias aun las mas agudas, las uretritis, las anginas, por medio de aplicaciones irritantes, por cauterizaciones, hasta con el nitrato de plata, y el sulfato de cobre: las enfermedades de la piel, aunque tengan un carácter inflamatorio, con el nitrato de plata, las sales de mercurio, y aun con caústicos enérgicos?

El campo de las aplicaciones en la medicina interna, es mucho mas vasto, y la ley de los semejantes se vé brillar á cada paso en la terapéutica. Demasiado prolijo seria volver á citar los ejemplos de que se valió Hahnemann, y los que han señalado despues los escritores de nuestra escuela. Y aun sin detenernos en los hechos recientes, que observamos todos los dias en la práctica de los médicos franceses, no podemos menos de citar el uso que hace el Dr. Beau de los polvos de la Ruda, y de la Sabina, para combatir las hemorragias, y particularmente las que

sobrevenien despues de un aborto; medicacion que el profesor de la Caridad, fundada en la accion perfectamente electiva, que la Ruda, y la Sabina tienen sobre el útero, y sobre una especie de accion homeopática. Debemos citar tambien el uso que hacen del Opio á fuertes dosis, algunos médicos de dementes, para combatir la mania; y entre otros el Baillarger y Michea, método adoptado despues por el Dr. Legrande de Saulle, el cual se basa exclusivamente sobre los efectos homeopáticos de este medicamento. En efecto, establece como principio, que el *manómetro de esta medicacion reside en el acrecentamiento de la agitacion y en la exasperacion de todos los síntomas maniacos, bajo la influencia del Opio*. A tal punto es esto verdad, añade *«que no ha dejado curarse ningun enfermo, que habiendo sido sometido á la poderosa accion de este agente narcótico, haya presentado una sensible exageracion de todos los fenómenos patológicos, anteriormente observados; mientras que jamás he visto curar á enfermo alguno, cuando el ópio, desde los primeros dias ha producido la calma ó la depresion de fuerzas. En una palabra, cuando un enfermo atacado de mania siente la influencia violenta del ópio (entraînement opiacé) y se agita en razon directa de la dosis del medicamento, se cura: si por el contrario, se postra desde el principio, conviene abandonar desde luego esta medicacion, sopena de esponerse á que sobrevengan terribles accidentes.»* Aquí, pues, segun la formal declaracion de este autor, la curacion se verifica por la evidente relacion homeopática que existe entre la enfermedad, y el medicamento, y la agravacion homeopática nos da una medida segura de la curabilidad de la mania por medio del ópio. Dejamos con placer al Dr. Legrande la pueril satisfaccion de esquivar el nombre de homeopatia y reemplazarle por el de *entraînement opiacé* (influencia violenta del ópio). Nos basta saber, que las palabras no cambian el fon-

do de las cosas, ni varían tampoco su verdadera significación.

A cada momento encontramos las mismas declaraciones de los médicos franceses, aunque hechas con mas lealtad, especialmente en las publicaciones de los que han escrito acerca de las aguas minerales: todos se admiran de la relacion de semejanza, que existe entre la accion que llaman *fisiológica*, esto es, *patogenética*, de sus aguas, y las enfermedades que se curan bajo su influencia. Así que, el doctor James hace resaltar á cada instante esa relacion, que no vacila en llamar *homeopática*. Del mismo modo, los doctores Durand, Tardel, Barthez, Lheitier, Vidal, Cabrol etc., hacen todos notar, que la curacion es tanto mas segura, cuanto que los enfermos han sentido una agravacion *homeopática*, bien sea durante el tratamiento termal, ó poco tiempo despues.

Entre todos los médicos franceses, ninguno ha reconocido de una manera tan explicita y tan terminante, el valor de la medicacion homeopática, como el Catedrático Trousseau. Su opinion en este punto, no solo no es sospechosa, sino que es de gran valor, por la autoridad que su incontestable talento le ha dado entre los médicos de su pais. En su *Tratado de Terapéutica y de Materia médica*, se ven casi en cada página, las aplicaciones de medicamentos ó de otros agentes terapéuticos, que se basan esclusivamente en su relacion homeopática. Entre un número considerable, elegiremos las siguientes: «En mi opinion, dice al tratar de la medicacion evacuante, existe una gastritis: el vomitivo, que siempre es un *irritante tóxico*, obra irritando la mucosa del estómago, y produce en este órgano una *inflamacion terapéutica*, que se *substituye á la inflamacion existente*. El tártaro estibiado ó la ipecacuana, con relacion á la mucosa gástrica inflamada, son lo que el nitrato de plata y el sulfato de zinc, con relacion á la uretritis en la blenorragia.»

A propósito de la medicacion alterante, y del uso del oro en la Sífilis constitucional, se espresa de este modo: «Se observan muchas veces, durante la administracion de este agente en la sífilis constitucional, algunos fenómenos que el médico debe conocer de antemano, sino quiere incurrir en un grave error de terapéutica. Sucede, en efecto, que bajo la influencia de las preparaciones áuricas, todos los accidentes sífilíticos locales, crecen en actividad, y hasta se presentan nuevos fenómenos. Estos fenómenos, en lugar de inspirar temores deben desearse, porque á pocos dias de su manifestacion, la enfermedad sigue con rapidéz una marcha retrógrada.» No hay cosa mas parecida al lenguaje de Hahnemann, y mas todavia en el pasaje de la Belladona, en que habla el Dr. Trousseau de esta manera: «La experiencia ha demostrado que una multitud de enfermedades, se curaban por agentes terapéuticos, que parecen obrar en el mismo sentido que la causa del mal, á que se les opone.

«No se manifiesta el Dr. Trousseau menos penetrado del valor terapéutico de la ley de los semejantes, en sus discursos morales en el Hotel dieu: tan pronto recomienda en las hemorragias uterinas, las inyecciones calientes, fundándose en que si durante algunos minutos, se mete una mano en agua caliente á 40 grados sobre cero, y la otra en agua á 0, y se saean despues de alguu tiempo; se puede patentizar que han sufrido una accion en sentido opuesto, y que la mano que ha sido sumergida en agua fria se pone despues caliente, sucediendolo contrario precisamente, con la que fué sumergida en agua caliente. Lo mismo sucede con el útero, en que la hemorragia podrá muy bien cortarse algun tiempo por medio de las aplicaciones frias, pero reaparecerá bien pronto bajo la influencia de la reaccion natural, favorable á su reproduccion. Con la aplicacion del calórico sucederá lo con-

«trario, porque aunque es verdad, que fa-
 «vocere al principio la congestión hemor-
 «rágica, también lo es que á poco tiempo
 «comienza á disminuir, y la hemorragia
 «cesa entonces porque se concluye el mo-
 «vimiento fluxionario.» Advertiremos de
 paso, que el Dr. Trusseau, mira con
 tanto cariño las ideas de Hahnemann,
 que no ha encontrado nada mas natural,
 que el copiar literalmente la comparación
 que hace nuestro ilustre maestro para
 probar los efectos contrarios de la inmersión
 de una mano en agua fría ó en agua
 caliente. En el mismo sentido se expresaba
 el Dr. Trusseau en otra lección: No
 «conozco, decía, antiflogístico mas enér-
 «gico que el calórico, ni mas poderoso ir-
 «ritante que el frío.» A propósito de las
 afecciones gástricas, recomienda el trata-
 miento homeopático en estos términos:
 «Del mismo modo que las oftalmías cróni-
 «cas, y el coriza crónico, se tratan por
 «agentes substitutivos, por cuyo medio
 «designa los agentes homeopáticos, así
 «también deben usarse los mismos modi-
 «ficadores en las afecciones del estómago.
 «Si la inflamación es sobreaguda, los vo-
 «mitivos, como por ejemplo la ipecacuana,
 «el tártaro estibiado y el veratrum, serán
 «los agentes mas poderosos de la medica-
 «ción substitutiva. Por este medio se substi-
 «tuye á la flegmasia de la mucosagástrica,
 «otra flegmasia, pero esta última es mas
 «aguda, mas pasajera, y cede espontá-
 «neamente.» ¿Quién no vé aquí, los pasa-
 ges del organon, en que nuestro maestro
 explica el modo de verificarse la curación
 homeopática? Fuera de esto, es verdad,
 que si el Dr. Trusseau no ha disimulado
 enteramente todo lo que ha tomado de
 Hahnemann, no ha dudado tampoco en
 hacer justicia á sus trabajos. La Doctrina
 homeopática, dice en su *Tratado de Tera-
 péutica*, como doctrina, no merece cierta-
 mente el ridículo á que han dado lugar las
 aplicaciones terapéuticas de los homeópata-
 tas. Cuando Hahnemann emitió su prin-
 cipio terapéutico, Similia Similibus, probó

lo que habia dicho, apoyándolo en hechos
 tomados de la práctica de los médicos mas
 célebres. Las flegmasias locales, se curan
 muchas veces de una manera evidente, por
 medio de la aplicación directa de irritan-
 tes, que causan una inflamación análoga,
 que se substituye á la inflamación primiti-
 va... Lo que era verdad con relación á las
 afecciones esternas, lo era tanto con rela-
 ción á las afecciones internas; pero Hah-
 nemann deslumbrado por la verdad de una
 idea que habia entrevisto y formulado,
 exageró bien pronto como todos los inno-
 vadores, la importancia de su descubri-
 miento... Como sucede casi siempre, sus
 discípulos fueron mas allá que el maestro,
 exageraron sus ideas, y viniendo á poco
 tiempo á mezclarse en todo, el misticismo
 germánico, la terapéutica se hizo singular
 á tal punto que por lo mismo debió tener
 muchos partidarios. En este pasaje, vimos
 que el ilustre Profesor, después del home-
 naje arrancado á su conciencia, se ha creído
 obligado á usar de una crítica inconse-
 cuente y desleal, para halagar sin duda
 las prevenciones de los médicos, y los dis-
 cípulos á quienes se dirigia, y que no ha
 dudado en arrojar un poco de desden y al-
 gun ridículo sobre el gran reformador; pe-
 ro esto nos importa muy poco, y ni siquiera
 nos detendremos en justipreciar la buena
 ó mala fé de nuestros adversarios, ni en
 averiguar tampoco el objeto que se ha pro-
 puesto el Dr. Trusseau al inventar la pa-
 labra *substitucion* para reemplazar la pala-
 bra equivalente *Homeopatia*: lo que sola-
 mente deseamos, es demostrar de una
 manera incontestable, que uno de los pro-
 fesores mas eminentes de la Escuela de
 París, toma todos los dias de la doctrina y
 de la terapéutica de Hahnemann cuanto le
 agrada, sin darse por entendido, y para
 patentizar esta verdad tenemos todavía mu-
 chas pruebas.

La ley de los semejantes, y la superio-
 ridad de las aplicaciones, que con ellas se
 pueden hacer en terapéutica, se ha hecho
 tan evidente para los alópatas, que puede

decirse con verdad que no encuentra ya una seria oposicion en la grande generalidad de los médicos franceses, los que cuando mas, rechazan su escensiva generalizacion. Pero á medida que esta grande verdad, penetra mas en el dominio de la ciencia, los adversarios de la homeopatia se esfuerzan á porfia para despojar á Hahnemann del mérito de haberla descubierto. Era conocida, dicen, desde Hipócrates, y repiten hasta la saciedad las mismas pruebas, de que Hahnemann se habia valido para demostrar que *la ley que formulaba, generalizándola* al mismo tiempo, habria sido entrevista por alguno de sus antecesores. Llega á tal punto la necesidad, que por un sentimiento de rencor, tienen nuestros adversarios de usurpar á Hahnemann el mérito de su descubrimiento, que uno de los Catedráticos de Paris, Mr. Bouchardat, no vacila un instante en su *Formulario Magistral* en proclamar á Paracelso, como el verdadero fundador de la homeopatia. Es sumamente curioso este pasage, y le transcribiremos por completo *«Contraria contrariis curantur. Hé aquí el principio, que desde Galeno reina como soberano, y por decirlo así, es exclusivamente en todas nuestras escuelas: pero esto no quiere decir, que Hahnemann y sus sectarios, hayan sido los primeros que se hayan levantado contra este dogma demasiado exclusivo. Hace cerca de cuatrocientos años, que un hombre de un poderoso génio, y que es acaso, el que ha dejado mas numerosas señales de sus trabajos en terapéutica, Teofrasto Paracelso, se subleva con la inagotable voracidad que le caracteriza, contra el principio dominante en las escuelas, y declaró que este dogma era falso, en un gran número de circunstancias, y que el principio opuesto, similia similibus curantur, conducia á mas fecundas aplicaciones. Yo se que Teofrasto Paracelso, es una autoridad de poca importancia para nuestros modernos doctores, pero es in-*

justo tratar con tanta ligereza á un hombre, que habiendo nacido en un siglo bárbaro tuvo bastante valor para reformar la monstruosa terapéutica de los antiguos galenistas: que introdujo en la medicina el uso de las preparaciones del mercurio, del arsénico, del hierro, del zinc, del antimonio, del alumbre: los carbonatos alcalinos, el ópio etc. Fuera de algunos productos importantes con que se ha enriquecido la medicina, y que son debidos al descubrimiento de la América, y á las investigaciones de la química: ¿hacemos algo mejor nosotros?

«Luego la mayor parte de los bellos descubrimientos de Paracelso, reconocen por punto de partida el principio similia similibus curantur. Esto nos demuestra, que Hahnemann y sus homeópatas, no han inventado este principio; el único nuevo que yo le reconozco, es el de haberle disfrazado, el de haberle puesto en «ridículo con su posología de millonésima.»

Hé aquí la Escuela de Paris, reconociendo francamente la homeopatia, aparte de las dosis infinitesimales que quedan todavía desterradas, y escogitando solamente los medios de ocultar su conveccion á los principios de Hahnemann por medio de un cambio de palabras, ó de una interpretacion inexacta de los hechos históricos. Esto nos impone la obligacion de decir muy alto, y de demostrar tambien, que aun con respecto á las dosis infinitesimales, y el dinamismo medicamentoso que tanto ridiculizan, no estan nuestros adversarios tan lejos de nosotros como con afectada complacencia se figuran.

(Se continuará.)

José Nuñez.

¿La medicina contemporánea y especialmente su terapéutica, puede ser examinada á la luz de la doctrina HAHNE-MANNIANA?

Para los que así en las escuelas, primero, como en la práctica, despues, han procurado formarse una idea, tan exacta como es posible, de lo que sea la medicina llamada racional, y ansiosos de encontrar mas verdad han estudiado y meditado la reforma que concibió y realizó Hahnemann, este asunto ha quedado ya definitivamente resuelto. ¿Quién puede, de una parte, poner en duda hoy lo que hemos comprendido y confesado á nuestro pesar, tan luego como pusimos á la prueba el valor de nuestros conocimientos teóricos, adquiridos á costa de mil desvelos y aceptados con fervoroso entusiasmo? ¿Acaso los que llenos de ilusion y de esperanza, que fiábamos en el éxito de nuestras tempranas adquisiciones, hemos gustado la hiel de los desengaños y experimentado el desconsuelo de la triste realidad, no podemos ser peritos en la resolucion de este problema? Nosotros hemos abjurado á nuestras antiguas creencias, porque á la luz de otras nociones, nos han parecido peligrosas en el terreno de la observacion. ¿Será que al hacernos médicos prácticos, de teóricos que éramos, no hemos contado con las dotes de observacion y método que se requieren para ser clinicos provechosos? Posible es en verdad; pero tambien lo es, que nos hallamos en el mismo caso respecto de nuestros adversarios.

Mas sea ello lo que quiera, y dejando al tiempo el decisivo fallo de este dilema, nos ocurre preguntar:

¿Qué partido ha de tomar el profesor que no pudiendo darse cuenta de lo que hace, encuentra en otros principios y en otras prácticas el criterio de su profesion? El sentimiento del deber, el grito de su conciencia, le llaman y le compelen á

poner en práctica lo que comprende, aceptando y apreciando el hecho que toca y esplica fácil y sencillamente. La buena fé, el deseo del mejor bien, la satisfaccion de hacer una obra grande, de curar ó aliviar al enfermo, y saber que se ha curado y por qué se ha efectuado la curacion ó se ha producido el alivio, generalmente con prontitud y de una manera suave, son sentimientos que bien merecen ser oidos y respetados, y ¡ojalá fueran conocidos por los que nos desdeñan, quizá, por su esceso de amor propio ó por hallarse dominados de una temeraria sino loca presuncion!

Ello es cierto, y lo decimos muy alto: es muy hermoso, muy agradable poder curar y curar realmente ó aliviar cuanto es posible, sin destruir la vitalidad del organismo, devilitando ó escitando en demasia, ó produciendo otros males artificiales tan temibles, sino de peores consecuencias, á veces, que los mismos que se pretenden curar. Es muy consolador en este punto, para quien como el médico tiene tan escasos goces, el poder realizar curaciones de enfermedades de primer orden pronto, con facilidad, y sin causar molestia alguna; y es mas consolador todavia, el poderse dar la razon de estas curaciones, sin desviarse del camino de Hahnemann esto es, del círculo, donde él halló los elementos que habian de hacernos encontrar los verdaderos medios de curar, hasta donde es posible llevar la curacion.

Y estos conceptos, y este lenguaje y todo cuanto se siente en esta materia, es lo que está en el ánimo de todos los que nos honramos con en el título de Homeopatas; es la síntesis del sentimiento general, es por último, la profesion de fé del primero que simboliza el pensamiento de los demas, y se refleja en la conciencia de todos; y cuenta que todos hemos salido de la aulas donde se aprende la medicina secular, todos hemos inaugurado nuestros ascensos á médicos prácticos con el empleo de la terapéutica racional y, esto no obstante,

todos se dan hoy el parabien de haber aceptado la reforma Hahnemanniana, y gozan, en consecuencia, con la aplicacion de sus remedios, de un placer y una satisfaccion que no conocen los que la convaten sin haberla comprendido, sin duda, porque no se han acercado á ella con la fé y el desinterés que infunde el verdadero y racional escepticismo.

Y si no es posible que se pongan en duda todas estas apreciaciones, ó mejor dicho, verdades, ¿será violento creer, que para llegar nosotros á este estado de conviccion profunda, no haya sido preciso que juzguemos del valor respectivo de ambas medicinas rivales?

Si la esperiencia no nos hubiera enseñado, que vienen siendo inútiles todos cuantos razonamientos se han espuesto, por plumas mejor cortadas, desde que se reconoció la bondad de la Homeopatía, con el provechoso fin de probar, cuánto han ilustrado á todos los médicos los trabajos y descubrimientos de Hahnemann, acometeríamos la empresa de esponer aquí, prolija y sumariamente, cómo la luz de la doctrina Hahnemanniana, es la única que preside hoy, y presidirá por mucho tiempo, al examen y á la residencia de los puntos mas culminantes de la medina secular. No emprenderemos, tan minuciosamente como debiera, esta tarea, porque sería, apesar de todo, la de nunca acabar y la de nada conseguir, porque hay (dicho sea de paso) en nuestros adversarios, un sentimiento in-calificable con relacion á la Homeopatía, que les obliga á rechazar las ideas, las razones y hasta las pruebas. La Hemeopatía, para algunos de estos, tiene la fuerza del hierro candente, que obliga á separar los ojos de su presencia, cuanto menos tocarle ni aproximarse á él. El recuerdo solamente de que vive y cunde, y de que hace cada vez mas prosélitos, porque cura y ostenta su poder y su sencillez á un tiempo, les persigue y atormenta como al hidrófobo y al aerófobo los recuerdos ó la pre-

sencia del agua ó del aire respectivamente.

Pero como tenemos ya la pluma en la mano, y abrigamos la esperanza, además, de que al fin ha de suceder lo que, por parecidos motivos, dice el Dr. TESSIER en su tratado de la *Pulmomia* y del *Cólera*, (1) debemos advertirles, á propósito tambien de las palabras de nuestro prospecto, de que tomó acta el *Siglo médico*, en su primer número de este año, que esa luminosa doctrina Hahnemanniana, que nos ha hecho ver los defectos y conocer los errores de la medicina comun, hará muy pronto lo mismo con ellos, apesar de su obstinada repulsion. La cuestion será de tiempo y de paciencia, pero se resolverá á nuestro favor, porque el tiempo y la paciencia son, precisamente, los mas poderosos auxiliares en la curacion de los males inveterados y rebeldes.

¿Cómo se han de atrever á negar hoy, por ejemplo, que el conocimiento de las propiedades de los medicamentos obtenidos, por medio de la experimentacion pura, en el hombrp sano, descubrimiento realizado esclusivamente por Hahnemann, ha venido á iluminar el campo de la *materia médica*?

Si al advenimiento del ilustre fuudador de la Homeopatía solo se conocian *ab usu in morbis* un corto número de remedios, despues de tantos siglos como cuenta la medicina, ¿cuánto bien no ha debido hacer el *hecho* de la experimentacion fisiológica, que arrancando á la naturaleza el secreto de *porqué* eran conocidos aquellos medicamentos, nos ha enseñado los medios de buscar á *priori* la especificidad de mas de doscientas sustancias, con que se enriquece hoy nuestra *materia médica* pura?

Al lado de este hecho, que Hahnemann y sus discípulos realizaron en sesenta y cuatro medicamentos, ¿qué importancia tienen los fundamentos de la *materia médica* co-

(1) Día llegará en que nuestros adversarios, se familiaricen poco á poco con la nueva farmacia, y en que nos admiraremos de que hayan existido hombres respetables, que se hayan esforzado en ahogar una verdad tan importante.

mun? ¿No se ha reconocido ya, por gran número de escritores, la inseguridad que ofrecen los medios empleados por tanto tiempo, para apoderarse de las propiedades de los medicamentos? Hahnemann se admiraba, y con razon, de que las clasificaciones del tiempo de Dioscorides (diez y siete siglos ha) fundadas en las virtudes terapéuticas generales de los remedios, se conservaran todavía, hasta el extremo, de estar sirviendo de punto de partida en las obras de materia médica.

Y en efecto. La division en evacuantes, emenagogos, antiespasmódicos etc. á que se referia en su critica nuestro maestro, no puede ser mas opuesta á la razon y la experiencia. Ya Hahnemann clasificó de absurdas las prácticas de la medicina racional, en este punto, y señaló donde estaba el error, cuya ignorancia, habia dado lugar á tan manifiestas contradicciones.

Se supone; y esta es la realidad, que hasta la venida del fundador de la Homeopatía, solo se experimentaban los medicamentos *ab usu in morbis*; y si se exceptua la medicina doméstica, apenas se hallarán algunos casos, en que los médicos de todas las escuelas, hayan usado los medicamentos solos, ni mucho menos, que al usarlos de este modo, se hayan dejado obrar por algun tiempo en la economía, sin administrar otra nueva sustancia que pudiera turbar su accion ó neutralizar sus efectos. La práctica contraria es la que está admitida generalmente, como nos consta á todos, porque así se nos enseñó en las escuelas. Y si las sustancias medicinales á que nos referimos, se han administrado constantemente mezcladas unas con otras á título de correctivos ó de ayudantes, ¿cómo se ha podido nada menos que reducir las á clases, por una apreciacion tan defectuosa, tan injusta, con relacion á la manera de obrar estas sustancias en el organismo? Entre el *hierro*, el *colombo*, el *aloes* y el *cinamomum*, por ejemplo, sustancias que entran en la composicion de una receta eme-

nagoga, ¿cuál de entre ellas merecerá con justicia este calificativo? Y si á la duda que se ofrece naturalmente al ocuparse de la accion de este compuesto, se agrega el que esta medicacion fracasa frecuentemente en su pretendida virtud, y en vez de restablecer la evacuacion catamenial, determina dolores calambroideos de estómago, cólicos, congestion de sangre á la cabeza y pecho, ¿qué diremos de su decantada virtud emenagoga y de las circunstancias que se han tenido en cuenta para su clasificacion? No se sabe cómo se comporta en el organismo cada una de estas sustancias en particular, y se pretende saber los efectos que han de producir todas reunidas. Hahnemann se sublevaba enérgicamente contra estos errores y decia: que al confeccionar una receta compuesta de base, ayudante, y correctivo no parecia sino que se trataba de seres inteligentes, dotados de voluntad y obediencia, para que hicieran en el interior del cuerpo, precisamente, lo que el doctor les ordenase, y nada mas.

Indudablemente, la justicia de estas apreciaciones, y la severa lógica con que están presentadas, son mas que suficientes para echar por tierra las prácticas antiguas de la farmacia; y es ya evidente, desde que se viene dando culto á la homeopatía, que esta costumbre de recetar, se ha ido economizando poco á poco, y no dudamos que concluirá por extinguirse completamente. Nuestros adversarios, á pesar de todo, reconocen la fuerza de las razones que tuvo Hahnemann para protestar contra estas usanzas, y de esperar es, que á la luz de sus descubrimientos, se vaya iluminando el campo de las contradicciones y errores seculares, para que comenzando los prácticos de buen sentido á modificar sus procedimientos, concluyan, á manera que la experiencia se los compruebe, por dar el asentimiento y hasta el apoyo verdadero, que la ciencia aguarda del cielo y buena fé de sus profesores.

La física, lo mismo que la química,

han sido también convocadas para asistir al descubrimiento de las virtudes medicinales de los diferentes cuerpos de la naturaleza; pero la física, apreciando únicamente el olor y el sabor de las sustancias, ha quedado desprovista de influencia, desde que el conocimiento de las dosis Hahnemánianas hizo comprender sobre la experiencia, que las virtudes positivas de los medicamentos, son independientes de sus atributos físicos apreciables por los sentidos del gusto y del olfato. Comparéanse entre sí medicamentos de opuestas condiciones físicas, en su estado grosero, después de ser elevados á una tercera trituración ó dilución, y se verá, que no hay entre ellos diferencia alguna apreciable á estos sentidos. La diferencia, la observaremos en sus fenómenos dinámicos sobre el hombre sano, ó en las modificaciones que nos den en el enfermo; lo que de paso probará, para que el juicio sea completo, que no es en las partes apreciables de estas sustancias por los sentidos, en donde residen sus fuerzas virtuales, sino en otras, donde solo es permitido penetrar, primero, á los procedimientos inventados por Hahnemann, que las desenvuelven y engrandecen; y segundo, á las fuerzas del laboratorio químico-viviente, cuyas propiedades son invisibles, y solo conocidas por sus efectos.

La química, por mas que los médicos modernos están muy satisfechos de sus adelantos en esta parte, no ha sido mas feliz que la física en sus averiguaciones, relativamente al modo de comportarse los medicamentos en el cuerpo humano.

Se pretende conocer la naturaleza de los principios constitutivos de los medicamentos, para deducir de aquí su manera de obrar, como si su acción en el organismo viviente, fuera siempre absoluta y dependiente de sus atributos visibles. La química, podrá decirnos el modo que tienen de influir sus reactivos sobre las sustancias que se someten á su acción: podrá, químicamente

hablando, decirnos los diferentes elementos de su compuesto, pero no puede ilustrarnos acerca de las diversas modificaciones dinámicas que son capaces de producir en el organismo, ni sobre las propiedades medicinales y curativas de que están dotados. Esto solo puede decirlo la experiencia, después de haberlos puesto en contacto con el cuerpo humano, y de observar los efectos de la elaboración invisible y secreta de la naturaleza.

Hemos dicho al comenzar este artículo, que al advenimiento de Hahnemann, solo *ab usu in morbis*, es decir, de un modo empírico, se reconocían las virtudes especiales de un corto número de medicamentos, y es indudable que este sistema, el único que viene rigiendo desde los tiempos mas remotos, habría sido infinitamente mas fecundo en resultados, si en vez de la costumbre de hacer recetas compuestas, se hubiera establecido la de administrar los medicamentos solos.—De la manera que se ha venido haciendo, han sido necesarios muchos siglos para obtener escasos adelantos, porque ha sido muy difícil probar, de una manera concluyente, á cuál de las diferentes sustancias de una receta, pertenecía el buen ó mal éxito de su administración.

Para que el método *ab usu in morbis* fuera menos peligroso, y pudiera ser de algun provecho en la terapéutica, era menester administrar, como dice Hahnemann, cada sustancia medicinal, en todas las enfermedades, con el fin de averiguar en cual de ellas, ejercía una acción verdaderamente saludable; ó ensayar todos los medicamentos en un caso dado de enfermedad, para saber cuál de ellos curaba con mas prontitud y seguridad. Pero dejamos á la consideración de todos los hombres de buen sentido, los peligros que irían anejos á esta manera de curar, ó mas bien dicho, á este sistema de dejar la vida y la salud á merced de una casualidad.

El médico que ha de ejercer su profe-

sion con la conciencia tranquila, y libre el pensamiento de temores, es preciso que conozca ante todo, los medios de que va á servirse á la cabecera del enfermo. No hay artesano, ni industrial, ni obrero de ningun género, que no procure conocer, anticipadamente los instrumentos ó medios de que va á hacer uso; y el profesor no puede desentenderse de esta necesidad, la mas imperiosa de cuantas le impone su deber y su conciencia.

De los diferentes procedimientos empleados, desde los tiempos mas lejanos, para saber la manera cómo obran los medicamentos, luego que se ponen en contacto con el cuerpo humano, no hay hasta hoy otro, que sea mas lógico, y que esté mas exento de dificultades, que el establecido por Hahnemann. A la luz de sus razonamientos y de su experiencia, desaparecen las ilusiones y los propósitos anteriores, ó se conviertan en dudas y temores peligrosos y abrumantes, para con los mas tímidos ó apegados á las antiguas prácticas.

En otro artículo nos ocuparemos de la experimentacion pura, como único medio de poseer la verdad en este asunto, y del valor material y experimental de las preparaciones Hahnemánianas.

T. PELLICER.

ESTUDIOS SOBRE OBSTETRICIA HOMEOPATICA.

POR EL

Dr. D. Anastasio Alvarez Gonzalez. (1)

A la mayor sensibilidad del sistema nervioso debe seguramente la muger su finura de tacto, y la rápida comprension con que abraza un sin número de diferencias que se escapan al hombre; pero la misma viveza é impresionabilidad de sus percepciones, haciéndola pasar prontamente de unas á otras, constituye esa volubilidad que tan lejana está del só-

lido pensar, y de la serenidad del juicio. Por eso es que la muger sienta mas que discurre, que aventaje al hombre en los trabajos en que entra por todo el sentimiento y la gracia, que rara vez se eleve á las concepciones del génio y que ceda la palma al hombre en las que piden la madurez de la reflexion ejercitada.

En la última época de la vida el hombre y la muger se acercan en sus caracteres como el del viejo y el del niño: la que fué nerviosa conserva todavia tal cual rasgo de coqueteria delicada; pero sus afectos se encaminan á Dios que nunca la abandona.

Cambios que experimenta la muger en el curso de su vida.

El universo, considerado bajo cierto punto de vista, es la mudanza y la sustitucion. Nacen los seres y crecen, se desarrollan, se multiplican, van decayendo y perecen al fin, dejando el puesto á otros que vienen á reemplazarlos; esta marcha de la naturaleza obedece á una ley fija é invariable que vemos cumplida en las mas variadas formas de mudanza.

El término de la carrera de algunos seres se verifica de una manera tan lenta é insensible que escapa á la mas perspicaz mirada las evoluciones y vicisitudes de su marcha; otros hay, y son en mayor número, que en cualquiera de los altos de su camino se ven súbitamente sorprendidos por sacudidas y choques tan violentos, que sucumben sin sentir el amago, ó arrebatados en rápida pendiente perecen sin que pueda atajárseles en la velocidad de su paso. Aunque la muger pertenece á los de esta clase, no me propongo sin embargo, escribir un libro de Patología que abrace las enfermedades y alteraciones que puedan comprometerla antes de llegar á la decrepitud, sino fijar por un momento la vista en las variaciones y cambios que sobrevienen y alternativas que no pudiendo percibir las en detal, conviene considerarlas en conjunto, y referirlas á épocas en que se hacen mas sensibles á fin de apreciarlas debidamente.

Aunque desde que nace hasta que sucumbe la muger cambia en su moral y su fisico, notanse mas señaladamente estos cambios en épocas determinadas de su vida, no solo por la modificacion que los caracteriza, sino por

(1) Véase el número 2 del CRITERIO MEDICO.

las diversas impresiones que en el hombre ocasionan.

No es solo cuando la mujer secunda los grandes designios de la naturaleza, al consagrarse á la reproduccion de la especie, cuando indica el puesto que ha de ocupar en la vida, distingiéndosela del hombre mucho antes. Las señales particulares del sexo apenas se dan á conocer en los primeros años, pero los actos que lo caracterizan son fácilmente perceptibles para el observador mas superficial. Aunque en la primera edad de la vida parece reconocerse entre el hombre y la mujer una perfecta identidad de existencia, á causa de la fusion completa en que parecen vivir, se marcan, sin embargo, diferencias tales entre ellos, que no es dudoso tinter la línea de separacion que les distingue perfectamente. Estas diferencias son simplemente ligeras modificaciones de ser menos esplicables que sentidas; porque si nos parece que la mujer tiene entonces mas delicadeza y debilidad de órganos que el hombre, es á causa de que los de éste van adquiriendo mas firmeza y solidez en su desarrollo, conformes con los ejercicios que le aguardan, sin que por eso entre ambos sexos se note, por razon de su vida, una diferencia que influya en orden á su consistencia especial.

En la primera época de la vida, los órganos no se distinguen por la mayor firmeza en su testura; y la sustancia mucosa que da el sello, brillo y espresion á los de la mujer, no determina en ella por no haberse aun desarrollado, esa diferencia que mas tarde habrá de constituir el exterior dulce y seductor que la llena de encantos, diferenciándose únicamente en esa época el niño y su compañerita por sus inclinaciones, y por los varios destellos que brotan de sus almas tiernas. Tiende el primero á ejercitar su fuerza y aumentarla; pero la segunda, obedeciendo á un instinto de blandura, como que busca modos de interesar con su gracia, atrayendo sobre sí la atencion, y dando á su gesto, al timbre de su voz, á sus maneras y actitudes un no sé qué de natural é inaprendida coquetería, que ella misma desconoce, á la que no puede aplicarse, que no la inspira la educacion, ni ella remeda, sino que se obra espontánea, franca y lisamente del mo-

do irresistible con que se producen los instintos.

Sutil, fino y disimulado el carácter de la niña, por causa de su constitucion débil, difiere del del hombre, en razon de las causas contrarias que determinan y marcan su temperamento y constitucion vigorosos. Mas pasando la niña esta graciosa é inocente edad, toca al primer límite de la adolescencia, penetrando en la pubertad sin otro cambio exterior y sensible que la mayor talla, y tal cual morvidez de formas, que denotan su ulterior destino. A esta época llega mas pronto la mujer que el hombre, y algunos autores han puesto la razon de esta diferencia en la pequeñez de sus órganos, suponiendo tambien que la mujer está mas dispuesta para la generacion, porque sus órganos, siendo mas pequeños, se hallan mejor formados, y las moléculas orgánicas ó nutritivas que sirven para su estructura y desenvolvimiento, llevan un escedente que se emplea en la reproduccion. Ciertamente que la circunstancia de la pequeñez de los órganos, puede ser favorable á esta opinion, y es mas racional asegurar que la naturaleza no se ocupa de la propagacion de la especie antes de haber perfeccionado la organizacion del individuo. Mas este orden no es constante, por cuanto todos los dias lo vemos invertido, y frecuentemente se observa que niñas que no han adquirido todo el incremento y desarrollo que ha de tener luego su cuerpo, se hallan, no obstante, muy bien dispuestas para emplearse en la propagacion de la especie.

Toda hipótesis que se refiera á la economía animal, fundada en una série de movimientos y acciones mecánicas para esplicar los hechos que en ella se observan, será siempre defectuosa si se desatiende la fuerza interior que podríamos llamar *vital*, y que preside á la formacion y desarrollo de los cuerpos organizados. Esta fuerza interior ó vital es el verdadero principio de todas las operaciones animales, que la naturaleza ejecuta en general en épocas determinadas; pero la naturaleza puede ser solicitada ó detenida por diferentes causas que aceleran ó retardan los momentos de estas operaciones. Asi vemos que la época de la pubertad es mas precoz en aquellas niñas que viven con mayor escitacion en sus facultades morales, y mas tardía en las

que se encuentran en condiciones opuestas. Las niñas de las ciudades, comparadas con las de las aldeas, ofrecen ejemplos que prueban la verdad de este aserto, de donde se deduce que la cantidad mayor ó menor de moléculas orgánicas tienen solo una influencia muy secundaria, cuando se trata de explicar los hechos que se observan en la economía animal, atribuyéndolos tan solo á una serie de movimientos y acciones mecánicas.

En esta segunda época, en que la naturaleza se ocupa en poner á la mujer en estado de reproducirse, y dar á los órganos que han de servir para esta obra importante, todo el grado de perfección necesaria, su cuerpo experimenta una transformación general, que por una tendencia ó fuerza especial, se dirige á dos partes opuestas por su situación, y diferencia en las funciones que desempeñan, siendo la una el instrumento inmediato de la obra de la reproducción, y la otra destinada á nutrirlo, aumentarlo y fortificarlo. Entonces, todo el tejido celular se desarrolla mas eficazmente, y se modifica y se reúne de preferencia en mas cantidad al rededor de estas dos partes como si fueran dos centros que envían sus producciones á los órganos que les están sometidos. Las producciones que parten del centro superior, despues de haber redondeado el cuello, y dar hermosura al semblante, van á perderse agradablemente hácia la espalda, y se prolongan por los brazos, produciendo contornos finos, delicados, blandos y suaves, que van á terminar en las estremidades de las manos. Las producciones que parten del centro inferior, modifican del mismo modo todas las partes inferiores.

(Se continuará).

A. ALVAREZ GONZALEZ.

SECCION OFICIAL.

Sesion literaria del 31 de Setiembre.

LA LEY DE LOS SEMEJANTES ES LA BASE FUNDAMENTAL DE LA DOCTRINA HOMEOPATICA.

PROPOSICION.

SUSTENTADA EN LA SOCIEDAD HAHNEMANNIANA MATRITENSE POR EL LICENCIADO EN MEDICINA Y CIRUGIA, DON ZOYLO PEREZ Y GARCIA SOCIO FUNDADOR DE LA MISMA.

Señores: Dos principios de los que constituyen el cuerpo de doctrina del credo homeopático, se vienen haciendo tiempo disputando la representación de la base y fundamento del brillante descubrimiento de Hahenemann.

Los partidarios de cada uno de estos dos principios, pretenden decorar aquel de que son celosos defensores, con el notable título de ser el fundamento de la ciencia. Cuál de ellos merece ser considerado como la matriz, de donde toma arranque la jóven escuela, nos lo demuestra clara y distintamente, el estudio frío y reflexivo de las obras de nuestro ilustre maestro, y las de sus distinguidos discípulos, así como tambien, el exámen detenido de los distintos sistemas y escuelas, que por espacio de veinte y tres siglos se disputan con porfiada insistencia, el vasto y anchuroso campo á que damos el nombre de Historia de la Ciencia de Esculapio.

Estos dos principios, son en fin, el dinamismo vital, hipótesis mas ó menos verosímil, de existencia mas ó menos dudosa, y la eterna ley de la naturaleza conocida con el nombre de *Ley de los semejantes*.

Nosotros que sin la pretension de imponer nuestras arraigadas creencias en este interesantísimo punto de doctrina, procuraremos sin embargo, llevar la convicción á vuestro ánimo, esponiendo las poderosas y concluyentes razones que nos asisten, para considerar á la *Ley de los semejantes* como la única base, como el fundamento en que se apoya el magnífico edificio levantado por Hahenemann en honor y provecho de la gran familia humana.

Para demostrar de un modo positivo la bondad y excelencia de la verdad que proclamamos, nos permitireis: Primero; hacer una ligera escursión por el dilatado espacio de la historia médica; y examinar las distintas concepciones y descubrimientos de los varones eminentes que honraron con sus trabajos y talentos, la ciencia de los *Asclepiades*, la por excelencia humanitaria. En esta rápida ojeada por la corriente histórica, intentaremos probar, que el principio vital ha sido infecundo para constituir la ciencia, y mucho menos, el verdadero arte de curar. Que este principio fisiológico ha estado siempre uncido al férreo yugo que le impusiera la inconstante y veleidosa filosofía. Y por último, que él por sí solo nunca ha dicho, ni dirá nada, que sea capaz de fijar definitivamente las bases en que se apoye la terapéutica, y en su consecuencia una práctica utilitaria y realmente positiva.

Segundo: También esperamos de vuestra nunca desmentida benevolencia, nos dispenséis el obsequio de que nos hagamos cargo de la tradición ó cronología homeopática, poniéndonos de manifiesto el modo como nuestro querido é inmortal maestro, llevó á puerto seguro, salvando su nave del revuelto mar y encontradas tendencias que chocaban enérgica y rudamente, en el golfo de la ciencia.

Tercero: Os pondremos de manifiesto, porque creemos, que son de mucho valer, las opiniones de los hombres que pasan, y realmente son autoridades competentes en la cuestión que debatimos, principiando, como es lógico y natural, por el que tuvo la inmarcesible gloria de haber legado á la humanidad esta brillantísima y excelente herencia.

Cuarto y último: Tendremos en cuenta para rebatirlos, los argumentos de los que en la presente cuestión opinan de un modo distinto que nosotros, aduciendo como es procedente, las razones que tenemos para desechar de una manera rotunda sus infundadas apreciaciones, y probando á la vez la excelencia de nuestra proposición.

Discutamos pues: Si nos fuera posible penetrar en los remotos y olvidados tiempos de la Fábula; si los que pasan como dioses de la medicina, pudieran darnos alguna, aunque lejana, noción de aquellas juveniles edades; si los *Osiris* y *Arus* nos permitieran, sin profanación, la entrada en los templos de *Canope*

y de *Vulcano de Ménfis*, y leyéramos las inscripciones de sus venerandas tablas; si descendiéramos de alguna familia de las privilegiadas castas egipcias, y de generación en generación nos hubieran transmitido sus conocimientos, y tuviéramos el criterio de su grado de ilustración y progreso; y por último si con la rapidez de nuestro pensamiento fuera posible trasladarnos á la originaria época de los *Chiron el Centauro*, de los *Esculapio*, raíz de la noble familia de los *Asclepiades*, no lo dudamos: allí encontraríamos las primeras, aunque confusas teorías, de lo que hoy llamamos el principio vital; allí en fin, ostentaría sus manifestaciones naturales la ley eterna de los similes.

Pero dejemos estas oscuras, remotas y fabulosas épocas, y traslademos nuestro rápido pensamiento al final del antiguo período histórico de las *Olimpiadas*: allí tropezaremos con esa gran figura médica descendiente de aquella sacerdotal casta venida de Oriente á Occidente en donde estableció los templos de *Cos* y de *Rodas*, y colocó sus vótivas tablas que tanto contribuyeron al adelantamiento de la ciencia.

Dejémoslas, sí, y sigamos la genealogía de esta noble y distinguida estirpe y hallaremos al primer regenerador de la medicina, al que enlaza la antigua con la moderna ciencia, al hijo del anciano *Heráclido al Príncipe de los Asclepiades*, al profundo observador y dignísimo representante de este gran período médico y muchos siglos posteriores, al segundo, en fin, y mas grande de los siete *Hipócrates*.

En esta temprana edad, sabéis, mejor que nosotros, que dominaba en el mundo intelectual, la ideal-místico-simbólica filosofía del fundador de la escuela Itálica, nos referimos á Pitágoras, de quien el venerable anciano de *Cos*, tomó parte de su credo-médico y mas principalmente lo que á la filosofía pudiera referirse; arrancando la parte práctica de la escuela Jónica de la que *Thales de Mileto* fué fundador.

Espongamos ya el cuerpo de doctrina ecléctica del padre de la medicina. Este distinguido médico, como discípulo de la escuela de Pitágoras, hacia partir de la unidad el fundamento de todo: en fisiología reconocía nuestro principio vital, al que consideraba como un poder autocrático: para él la enfermedad

consistía en un conjunto de fenómenos, consecuencia de la lucha de su naturaleza ó principio vital, con el agente morboso, que se eliminaba cuando aquel salía vencedor, por medio de lo que él llamaba la cocción: esta, las crisis y días críticos, y los cuatro humores, formaban su patología.

Su terapéutica que tenía por fundamento no interrumpir con medios intempestivos y violentos, las reacciones provocadas por el principio vital, era como lógicamente se desprende de lo que dejamos asentado, pura y simplemente naturista; admitía, además, como principios generales el *contraria contrariis* y los principios mas secundarios de *revulsion* y *derivacion* etc. habiendo iniciado tambien la *Ley de los semejantes*. Dichos principios, fueron para este importante médico exclusivamente intencionales, no habiéndolos podido elevar á la categoría de prácticos, ó sea á las de verdaderas fuentes de indicaciones positivas. Este es esencialmente el antiguo dogmatismo ó naturismo hipocrático.

Hé aquí, planteado por primera vez, el gran problema médico, por el génio inmortal del mas ilustre *Asclepiade*, y á quien sea dicho de paso, en nuestros días, se le han regateado (permitasenos la frase) los elogios que la gran familia humana tiene el imprescindible deber de tributarle; y que si le hubiera sido dable prolongar un poco mas su ya larga vida, tal vez, hubiese encontrado la fórmula indispensable á la resolución de dicho problema. Por lo demas, señores, en este excelente cuadro, encontramos ya clara y distintamente definido nuestro dinamismo vital, si bien con otro nombre pero esencialmente el mismo, aunque de diferente manera apreciado, del que como otros somos tambien entusiastas partidarios, creyendo sin embargo, que él por sí, no puede darnos la clave de la constitucion definitiva de la ciencia.

El dogmatismo hipocrático, fué observado muchos siglos despues con escrupulosa severidad por los médicos que le sucedieron, y nadie se atrevió á cambiar ni á alterar en lo mas mínimo la obra magna de tan esclarecido maestro.

Mas tarde, á la muerte de Alejandro el Magno, se disolvió el vastísimo imperio macedonio, tocando en herencia á Ptolomeo So-

ter el reino de Egipto: este excelente monarca y los que le sucedieron, tuvieron la feliz inspiracion de proteger las ciencias y las artes, habiendo fundado al efecto la escuela y la gran Biblioteca de Alejandria; que fué un verdadero tesoro de ciencia cerrada en quinientos mil volúmenes, haciendo de este dichoso reino la cabeza de la intelectualidad humana.

En esta notabilísima época histórica, fué cuando por primera vez se vió abatido el naturismo del célebre isleño, con la aparicion de las escuelas Empírica, Metódica y Eclética. Dejemos estas infecundas escuelas; la primera, queriendo hacer retroceder la medicina á los primitivos tiempos. Tampoco diremas nada de la concepcion poro-atomística del *Asclepiade Romano* y de *Themison*; no mereciendo la pena de que nos ocupemos de los encervados ecléticos del último periodo intelectual del *Coloso Egipciaco*. Estas tres ramas de un mismo tronco, en nada tenían á la naturaleza de *Hipócrates*, ó lo que es lo mismo, nuestro principio vital:

De Pérgamo, pequeña ciudad del Asia menor, sale un hombre hábil, de talento fecundo, laborioso, y el defensor mas importante de las doctrinas hipocráticas, hablamos de *Claudio Galeno*. Espongamos su doctrina.

Con *Galeno* renació la doctrina que habia tomado origen en los templos de *Cos* y de *Rodas*, adiciionándola con nuevas concepciones y descubrimientos importantes. Este ilustre médico fué Aristotélico en filosofía, sinceramente sensualista, á la manera del filósofo del Liceo; admitió tres sustancias en nuestro organismo, á saber: el alma, los espíritus vitales ó naturales y la materia propiamente dicha. Hé aquí su fisiología.

En patología, procuraba investigar la esencia de las enfermedades, con el fin de oponerlas la famosa ley de los contrarios, creyendo que consistían, ó en una reaccion del principio vital, ó en la perturbacion de las cuatro calidades elementales. Daba, además mucha importancia á los síntomas, porque creia con el filósofo *Stagirista*, que nada hay en *nuestro entendimiento que antes no haya estado en nuestros sentidos*.

En higiene, estableció su reconocido principio, *similia similibus servando*.

En resumen, *Galeno* fué vitalista en fi-

siología: eclético en patología; y esencialmente empírico y polifármaco en terapéutica. Este era el sistema del médico del emperador Severo.

Con la aparición de este notabilísimo hombre, la ciencia dió un paso gigantesco en la vía del progreso, sin embargo de habernos legado muchos y trascendentales errores: errores, que por haber sido consignados en la ciencia, por un hombre de indisputable mérito y profunda erudición, fueron transmitidos de siglo en siglo, y de generación en generación, penetrando su influencia hasta la edad moderna, si bien en la actualidad, muchos de sus preceptos se encuentran relegados al más profundo olvido, por los prácticos de verdadero mérito, é indisputable reputación científica.

Desde la primera mitad del segundo siglo de nuestra era, en que floreció el médico de *Pérgamo* hasta la toma de Constantinopla por los turcos, á mediados del siglo XV; poco, ó mas bien nada, podemos decir que interese á la cuestión que debatimos, pues la ciencia en general, y muy especialmente la medicina, permaneció en el más profundo letargo, en el angustioso y larguísimo período histórico, á que llamamos edad media.

Los árabes españoles, malos copistas de los griegos y romanos, fueron con los hombres destinados al claustro, los únicos guardadores de los descubrimientos de los médicos de la antigüedad, siendo, como rigurosamente habia de suceder, pura y esencialmente Galenistas.

La venida de los hombres que emigraron después de la toma de Constantinopla, y el portentoso descubrimiento de la imprenta, señalaron el renacimiento con caracteres indelebiles. La aurora del siglo XVI fué sin contradicción alguna, cuando se dejó oír la primera señal que anunció á la gran familia humana, la venida del hermoso y nuevo día de la ciencia. Todos los ramos del saber, se disputaban con porfiada insistencia el vasto y anchuroso campo del progreso; todos rivalizaban en el noble y ardiente deseo de investigar los maravillosos y sorprendentes fenómenos del viejo y deslumbrador universo. ¡Cuántos varones eminentes merecieron bien de la humanidad, por los grandes y fructíferos esfuerzos hechos, para que el hombre saliera

de la abyección y embrutecimiento en que por tanto tiempo le tuvo sumido el estúpido y devastador feudalismo!

En la primera mitad del siglo XVI, apareció en la escena científica uno de estos hombres, *Felipe Aurelio Paracelso*, hombre de carácter apasionado y fogoso, talento de primer orden, que quiso trastornar por completo las doctrinas de los antiguos, y principalmente las de Hipócrates, Galeno y Avicena, cuyos libros sabeis todos quemó públicamente. Este hombre notable, cuyas doctrinas fisiológicas son hiperbólicamente vitalistas, hacia emanar el principio vital de los astros, admitiendo conexiones entre el sol y el corazón, la luna y el cerebro. Su patología es misteriosa é incomprendible, ó por lo menos, hay en ella una confusión manifiesta: admite como causas de las enfermedades la sal, el mercurio, el azufre y el tártaro. Sus clasificaciones, ó mas bien, denominaciones, las tomaba del órgano afecto y del elemento mineral alterado.

En terapéutica desechó absolutamente la ley de los contrarios, y formuló la de los símiles, no como elemento de aplicaciones, sino puramente de intención congetural, pero nada mas. También hizo un notable servicio á la ciencia, combatiendo y destruyendo en partes, la polifarmacia Galénica, y dando mas ensanche á la química, con sus quintas esencias.

Tal es el sistema del errante Paracelso, si bien no tomamos en cuenta, ni su pacto con los demonios, ni su magia y repugnante nigromancia.

Mas tarde, y siguiendo el orden cronológico, y en el siglo XVII, apareció Juan Bautista Van-Helmont, médico Belga, de talento poco comun: sin embargo, fué místico y espiritualista en filosofía, y vitalista exagerado en medicina. Su sistema, esencialmente metafísico, es muy parecido al del nigromante Paracelso. El arqueo que tomó éste, es el principio fundamental de su fisiología. Prescinde por completo de la estructura orgánica, la cual explica perfectamente su espiritualismo. La patología del médico Bruselense, tiene la misma tendencia que su fisiología. Las causas son inmateriales, la cólera, el miedo y otras pasiones del arqueo, son las que determinan sus enfermedades, así es, que estas causas obran, modificando directamente el

arqueo, y nunca sobre la parte material de los órganos: en terapéutica admitió la ley de la similitud, dando grande importancia á los medios que obran sobre la imaginación.

Hé aquí sumariamente la doctrina hiperbólicamente vitalista de Juan Bautista Van-Helmont.

Algunos años despues, al terminar el siglo XVII, vino á aumentar el número de concepciones fisiológico-patológicas el animista Stahl; este célebre médico, admite con Descartes la dualidad humana, diferenciándose radicalmente de las escuelas vitalistas que creen en la existencia de tres sustancias en nuestra personalidad.

El célebre catedrático de la Universidad de Halle, considera el alma como el único motor de todas las acciones orgánicas: las enfermedades son para él perturbaciones de este autocrático poder. En terapéutica es, á pesar de su exagerado espiritualismo, incon-

secuente, pues hace uso de los mismos medios que los materialistas mas intransigentes.

(Se continuará).

Por lo no firmado,

El Secretario de la redaccion,

JUAN DE LARTIGA.

Editor responsable, D. JOSÉ EGEA.

MADRID; 1860.

IMPRENTA DE D. ZACARIAS SOLER,

Pelayo 54.

AVISOS Y CONDICIONES.

PUBLICACION. EL CRITERIO MEDICO se publica los dias 1º y 15 de cada mes, por entregas de 16 páginas.

REDACCION Y ADMINISTRACION. Los pedidos con abonos directos, los comunicados, artículos y periódicos de cambio, se dirigirán al Secretario de la Redaccion D. Juan de Lartiga, calle de las Huertas, 16, principal.— Las reclamaciones, anuncios, noticias etc., al Secretario de la correspondencia don Pío Hernandez, calle del Carmen, 22.—Las reclamaciones deben hacerse en los primeros 15 dias que transcurran al envio de la entrega.

SUSCRICION. El precio de suscripcion es:

En Madrid, por un año	60 rs.
En Provincias por id.	60.
En Ultramar y Estrangero	80.

No se admiten suscripciones por menos de medio año.

PUNTOS DE SUSCRICION. En Vadrid: libreria de Baylli-Baillere, calle del Principe, núm. 11.—Botica de D. Luis Lleget, Corredera baja.—Id. de D. Manuel Carrion, Abada.—Id. de D. José Raimundo de Juana, Leon.—Id. de D. Cesáreo Somolinos, Infantas.—Id. de D. Juan Pedro Blesa, Visitacion.—En Provincias: En todas las librerías.—Ultramar y Estrangero: Habana, Graupera, calle del Obispo, núm. 113.—Puerto-Rico, Marquez 2.º.—Nueva-Yorck, H. Baillere, 290, Broadway.—Méjico, Castro de Palomino, calle de Capuchinos, núm. 3.—Valparaiso, señor Esquerre.—París, J. B. Baillere, rue Hauteville, 79.—Londres, H. Bailliere, 219, Regent, street.